

con su lector. Pero, sin embargo, remansa melancólicamente, como el sonido de las fuentes en la noche estival del Alcázar sevillano.

Las ilustraciones del buen dibujante Escassi, muy acertadas. La edición cuidada y agradable.—E. M. F.



«COIRÓN» novela de *Daniel Belmar*

Tal vez las características más notables de Daniel Belmar sean la plasticidad de sus metáforas y comparaciones, junto a un clima de sentimientos asordina- dos que crea para sus personajes. Clima que no impide escenas fuertes, crudas, hondamente dramáticas, sino que evita que ellas desemboquen en lo truculento como acontece en muchas obras criollas.

Demostró Belmar, lo que anotamos en su inolvi- dable «Roble Huacho» y más tarde, con técnica dis- tinta, en «Oleaje», novela ésta seleccionada con mu- cho acierto por Colección *Flor Nacional* para integrar su índice.

Hoy en esta obra señera de nuestra novelística, «Coirón», corrobora lo dicho y lo supera. Y si no, leamos: «El vuelo de una lechuza cortó, como un fa- cón de trapo, la ola negra de la noche». «... El Galle- go se subió como leche hervida»... «Su rostro se tor- nó ceniciento, endureciéndose, cristalizándose, como si se hubiese convertido en madera»...

¿Se puede pedir mayor precisión al describir algo?... Aparece el objeto descrito, puro, libre ante nuestros ojos. Es posible casi tocarlo.

En «Coirón» nos muestra Daniel Belmar toda su capacidad narrativa y el inmenso poder poético de su

prosa. Ya no titubea ni duda al presentarnos un tipo cualquiera. Lo planta frente a nosotros con mano mágica y palabras justas y el personaje echa a crecer y a andar a través de toda una vida. Una vida real, cierta, verosímil, tal vez más cierta que la misma realidad. ¡Tal el poder creador del artista!

Jamás olvidaremos las figuras cariñosas de Adrián, de Adolfo, de la madre querendona siempre añorante de su tierra natal. Tampoco la de los antihéroes repelentes como el «Mocho» y el gaucho Aguirre, maulero y jactancioso. Y por sobre todas estas criaturas cargadas de verdadera humanidad, la figura del gran personaje, la pampa.

La pampa argentina que alberga a tanto chileno buscavidas, sirve de escenario a esta novela y se transforma pues, poco a poco, en el motivo central del drama. Aparece ante nuestros ojos con toda la majestad de su extensión y la irrespirable soledad de sus llanuras... «Eran las llanuras ilimitadas, las sabanas sin término, las pampas argentinas del Neuquén, holladas sólo por cascos y pezuñas salvajes, por el paso silencioso del puma o la carrera fulgurante del avestruz y en donde la presencia del hombre era un elemento sobrepuesto, ajeno, desconectado de su especie»...

Y en este medio abierto y primitivo, inhóspito y yermo donde sólo el coirón y el neneo logran enraizar y hacer vivir sus hojas como espinas alargadas, una familia chilena empujada por razones de existencia desarrolla su vida —un tramo pequeño de su vida— con los ojos encandilados por el recuerdo y los deseos del retorno que se hace dolor y sangre en la madre y angustia amorosa en los hijos.

Si hubiese que elegir entre los capítulos de esta novela por imperioso mandato de una Fuerza Superior.

yo, titubeando (¡todos son logrados hasta en sus detalles!) me quedaría con el tercero. Aquel donde se cuenta el ultraje humillante a la vieja y respetada «mama», por el repugnante «Mocho», fornicador de ovejas indefensas.

Desde su primera línea se advierte el viento de tragedia dura, caliente que se nos echará encima. «Detrás de mí ningún recuerdo, ninguna sensación. Delante, la noche, la muerte».

Admirable por su tenso dramatismo, por el gusto delicado del autor que soslaya vocablos coprolálicos y escenas pornográficas torpes, este tercer capítulo de «Coirón» vale por una obra entera, por una buena y bien lograda obra completa.

Y no es únicamente este capítulo el que podría servir de partida a una antología exigente de nuestra prosa nacional, sino cualesquiera de los diecinueve que constituyen la obra

Está así, la descripción justa, ponderada de una lucha entre un toro salvaje y un puma entrenado previamente para ella. La invasión de la langosta pam-pina acabando con todo lo verde, con lo poquísimo vegetalmente vivo de esos páramos lejanos. Uno ve y escucha la llegada de la «voladora» cuando el autor escribe: «Un sordo rumor se derramaba en el aire, un fragor remoto, como si el viento empujara una bandada de pedruscos» y asiste a la devastación, horrorizado, mientras las verduras desaparecen bajo el chasquido de las incansables mandíbulas.

Plasticidad y sentimiento. Paisaje y melancolía de fina estirpe. Humanidad que vive en constante sobresalto y que no obstante, tiene horas para soñar, querer y fantasear. Hombres duros como la pampa

misma que saben sin embargo de la emoción y de las lágrimas.

En «Coirón» alientan las virtudes de la raza, insinuadas con sabiduría. El amor del chileno a su gleba generosa. Amor tranquilo, sin exhibicionismo ni gritos destemplados. Amor de hoguera suave que durará lo que dure la vida.

Con muy bien termina Mariano Latorre su prólogo a esta novela maestra de Daniel Belmar, prólogo magnífico y merecido, «Coirón» hace de un rincón de América un sitio universal, donde la epopeya (agrego yo) de unos nombres solitarios se desgrana olvidada, desconocida, ahogada por las distancias de esas tierras de «horizontes sumergidos».—RAÚL GONZÁLEZ LABBÉ.

Rancagua, julio de 1951.



«TÍA EULALIA», novela de *Chela Reyes*

Cuando los entendidos hablan del grado de superación alcanzado por las mujeres en la novela chilena, opuesta al escaso relieve de su labor poética—exceptuando a Gabriela—piensan, sin duda, en María Luisa Bombal, en Marta Brunet y Chela Reyes, como exponentes supremos de esta florecencia.

Pertenecen a la última, o penúltima, generación y, por lo menos en lo que atañe a la calidad, siguen las huellas de sus ilustres precursoras.

En lo demás, han hecho lo posible para renovarse y han logrado personalidades originales y definidas, cifrando su empeño en la conquista de una expresión elaborada, honda, ligera y densa a la vez.